

avance de los realistas, y que en las siete leguas á que se extendió el alcance de la caballería no se podía dar un paso sin encontrarse con muchos muertos, casi todos de la costa, negros, pintos, mulatos y bastantes hombres decentes, calculando el número total en cuatro mil hombres. Ya he tenido ocasion otras veces de manifestar que Calleja tenia el defecto de exagerar siempre el número de bajas de sus contrarios, y se puede asegurar que en este parte incurrió en la misma exageracion. Durante el sitio, las bajas que tuvo el ejército independiente, segun afirma Morelos, no pasaron de cincuenta hombres muertos de bala, y ciento cincuenta de enfermedades de peste. No entran en este número los que perecieron en la

1812. noche de la salida, pues en ella contó el capitán insurrecto Yanez, ciento cuarenta y siete en la mitad del camino de Cuautla á Ocuituco, si hemos de creer á lo que le refirió al mismo Morelos (1). Las bajas de las tropas realistas mientras duró el cerco de la plaza, consistieron, segun las listas oficiales existentes en el Archivo general de Méjico, en doscientos noventa y uno, entre muertos y heridos. Las que tuvieron en el alcance de sus contrarios la noche en que éstos abandonaron la plaza, fueron muy pocas, aunque algunas causó la oscuridad y el ir mezclados unos con otros sin conocerse (2).

(1) Asi lo dice en sus declaraciones.

(2) Hé aqui las pérdidas que tuvo la infantería desde el primer dia del ataque á Cuautla el 19 de Febrero hasta la ocupación del pueblo, segun el estado formado por el mayor general: 8 oficiales muertos; 14 heridos ó contusos de la

La dispersion de las tropas independientes que salieron de Cuautla, fué completa, y la fuerza mayor que huyó reunida, fué la que se retiró con Morelos que, como he dicho, consistió en una escolta de muy pocos hombres. En esta retirada cayó en poder de los realistas el cañoncito llamado «El Niño», que fué el primero que tuvo Morelos, y que como dije al hablar del principio de su campaña, le regalaron los Galianas, que lo habian comprado antes de la revolucion para hacer salvas en las fiestas de la capilla de la hacienda que tenian. El caudillo del Sur solia hacer conducir esa piececita de artillería en una mula, como recuerdo de sus primeros pasos en la revolucion y manifestacion de aprecio hácia los que despues de haberle hecho el obsequio, le ayudaron eficazmente en todas las acciones de guerra.

Cuando Morelos verificó la salida de Cuautla, se hallaba Calleja atacado de un derrame de bilis. La penosa situacion que guardaba el ejército sitiador en los últimos dias del sitio, por las enfermedades y penurias que sufrían todos los que lo formaban, desde el último soldado hasta el general en jefe, se ve en las siguientes palabras de una carta que en la misma madrugada en que los independientes dejaron la poblacion, pero antes

misma clase; 50 soldados, cabos y sargentos muertos, y 164 heridos. Las bajas de la caballería fueron 13 muertos y 42 heridos, la mayor parte de ellos en la persecucion hecha á los sitiados la noche que abandonaron á Cuautla. No se cuentan en este número los que murieron de enfermedad en los hospitales.

sin duda de que lo efectuaran, escribió Calleja al virey: «Conviene mucho», le decia, «que el ejército salga de este infernal país lo mas pronto posible; y por lo que respecta á mi salud, se halla en tal estado de decadencia, que si no le acudo en el corto término que ella puede darme, llegarán tarde los auxilios. V. E. se servirá decirme en contestacion lo que deba hacer (1).»

1812. Don Félix Calleja nombró gobernador de Mayo. la plaza al coronel Echeagaray, que entró á ocuparla con la fuerza necesaria para desarmar á los paisanos que hubiesen quedado con fusiles, recoger los efectos abandonados por los independientes, y tomar todas las medidas relativas al orden y seguridad (2). No

(1) La carta tiene fecha 2 de Mayo, á las cuatro y media de la mañana. De aquí deduce D. Carlos Maria de Bustamante, que Calleja no sabia á esa hora que consta en la carta la salida de Morelos. A juzgar por la fecha, no hay duda que la observacion del señor Bustamante es incontestable; pero como es imposible que el general en jefe que dictó todas las disposiciones dejase de escuchar las detonaciones de las armas de fuego y tener siquiera aviso de los jefes de los puntos de lo que acontecia, debemos creer que la carta fué escrita y enviada antes de los sucesos. Para persuadirnos que fué así, hay dos razones poderosas. La primera es que teniendo necesidad urgente de que se le enviasen la artilleria y proyectiles que habia pedido, se veia precisado á enviar lo mas pronto posible sus correos, suponiendo su salida horas despues, para que no le achacase el virey que repetia en un mismo dia sus pedidos. La segunda es que hubiese enviado una carta escrita á las cuatro y media de la mañana pidiendo auxilios para batir la plaza, cuando ésta se hallaba ya ocupada por sus tropas, cosa que, repito, de ninguna manera podia ignorar, puesto que ningun jefe podia obrar sin permiso ó disposicion suya.

(2) Aunque generalmente se le daba el nombre de Echagaray, él se firmaba Echeagaray, que era su verdadero apellido, pues es palabra vascongada, compuesta de *echea*, que significa casa, y de *garaya* que indica el conjunto de objetos de campo como leña, paja y otras cosas que el labrador guarda en ellas.

se olvidó Calleja del negro José Andrés Carranza que, como dije en su lugar correspondiente, salia á insultar á las tropas sitiadoras por el reducto del Calvario, ni del tambor que por el mismo punto y otros tocaba de noche paso de ataque, teniendo en alarma el campamento contrario. Calleja previno á Echeagaray que solicitase cuidadosamente entre los presos que debia hacer al tomar posesion de la plaza, á los dos individuos referidos y los hiciese ahorcar, sin darles mas tiempo que el preciso para disponerse cristianamente (1). Por fortuna de ellos, ambos habian logrado salir de Cuautla con Morelos, y así se libraron de sufrir la pena que se les tenia dispuesta. Aunque dispuso Calleja que de los demás presos se separasen los principales y fuesen conducidos al campamento de la columna de granaderos para formarles la correspondiente sumaria y aplicarles al castigo que mereciesen (2), no sé que se privase á nadie de la vida.

Echeagaray, en virtud de las disposiciones del general en jefe, cubrió todos los puntos principales con el batallon de Guanajuato y parte del de Asturias, que estaban al mando del comandante del primero, D. Saturnino Samaniego, para impedir la entrada y salida de la gente. Asegurada la que conservaba aun todo su vigor para volver á empuñar el fusil, cuyo número ascendia á cua-

(1) Orden de Calleja á Echeagaray de 4 de Mayo. Archivo general de Méjico.

(2) La órden referida en la nota anterior.

trocientos noventa y dos hombres, empezó á dictar las demás providencias convenientes al estado del pueblo (1). Sin embargo no pudo evitar, á pesar de su celo y vigilancia, que la tropa penetrase en las casas y las saquease, ni que la iglesia se librase de sufrir igual despojo. «Mi general», le decia á Calleja en carta que le dirigió: «luego que llegué á este infame pueblo, recorrí las casas. Nuestras tropas las han dejado en peor estado que las de Zitácuaro, cuando fueron entregadas al fuego. El pueblo tenia á medio campo de hombres y mujeres, y á pesar de patrullas y guardias en las entradas, nada conseguí, pues los mismos que custodiaban, fueron los que causaron mas mal. La iglesia, despues de cerrada, ha sido saqueada (2). Los soldados del batallon de Guanajuato, que eran mineros de profesion en su mayor parte, conocieron, al formar en la plaza, que el terreno que pisaban estaba hueco, y manifestaron su sospecha. Inmediatamente se procedió á examinar si era cierto, y resultó que no se habian engañado. Allí encontraron enterrada la artillería de Morelos. Entre los cañones se encontraba una culebrina, «cuyas varias vicisitudes», dice D. Lucas Alaman, «representaban todas las alternativas que hasta entonces habia tenido la guerra. Fundida en Manila y conducida á San Blas, fué llevada por Hidalgo á Guadalajara, y sirvió á éste en la

(1) Son las mismas palabras que trae Echeagaray en el informe que dió á Calleja. Archivo general de Méjico, carpeta. «Parte del gobernador de Cuautla, bandos publicados y providencias tomadas».

(2) Esta carta existe en el Archivo general de Méjico.

batalla de Calderon: tomada allí por Calleja, siguió á Emparan hasta Toluca, y de allí la llevó Porlier á Tenancingo, en donde cayó en manos de Morelos, volviendo á las de los realistas en la toma de Cuautla». Dentro de la poblacion encontraron las tropas del Gobierno veintinueve cañones, fundidos unos por Morelos, y otros tomados por éste á los diversos jefes realistas que anteriormente habia derrotado. En el parque de artillería hallaron bastante cantidad de fierro, acero, balas de todos calibres, pólvora y cascos de granada, lo mismo que en la Tesorería, que era la casa de D. Leonardo Bravo (1). Para ver si aun habian quedado algunos cañones enterrados, Echeagaray mandó hacer varias excavaciones en los lugares en que se sospechó podian haberlos escondido, pero nada se encontró. Además de la artillería, municiones y objetos referidos, cayeron en poder de Calleja bastantes fusiles, banderas, cajas de guerra y muchos papeles de importancia sobre las operaciones de Morelos y de la Junta de Zitácuaro, de que el historiador mejicano D. Lucas Alaman supo utilizarse en bien de la historia de su patria y de los amantes al provechoso estudio de ella. Entre esos interesantes papeles se encontraba la carta que dirigió á Morelos la Junta de Zitácuaro, haciéndole saber cuáles eran sus designios al seguir tomando el nombre de Fernando VII en sus disposiciones. Como el contenido de ella era una revelacion de los secretos intentos de sus autores, el virey se apresuró á darla á conocer al país

(1) Sigo en un todo lo dicho por Echeagaray en su parte.

entero, y mandó que la insertasen en la *Gaceta* del Gobierno, juzgándola eficaz para desconcertar el plan de la revolucion (1).

Cuando las tropas realistas penetraron en las calles céntricas de Cuautla y entraron en sus edificios, no pudieron menos que conmoverse ante el triste espectáculo que por donde quiera se presentaba á su vista. No seres humanos, sino espectros, eran los desgraciados habitantes, que, no teniendo fuerzas para salir de las puertas del pueblo, habian quedado en él, unos expirantes de hambre, y otros caminando con vacilante paso en busca de algo con que alimentarse para vivir algunos instantes mas. La pintura que el coronel Echeagaray hace del triste cuadro que presentaban los desdichados habi-

1812. tantes de Cuautla cuando entró á tomar po-

Mayo. sion de la plaza, dará al lector una idea de los sufrimientos que sobre ellos debieron pesar durante el largo y penoso sitio. «El pueblo, dice, presentaba la vista mas horrorosa: la mayor parte de las casas estaban destruidas por el cañon y la bomba: de entre las ruinas salia un fetor insufrible, proveniente de los cadáveres de hombres y bestias mezclados unos con otros, de la inmundicia y basura que se observaba en todas partes; los ayes y clamores de los que andaban por las calles solicitando alimento, extenuados y reducidos al último extremo de la miseria, exigian la compasion de todos: en los conventos de Santo Domingo y San Diego estaban ocupadas las habitaciones con enfermos,

(1) *Gaceta* de 9 de Mayo, t. III, núm. 225, fol. 489.

sin distincion de sexo ni edad, las sacristías, las iglesias y aun las torres. Se encontraron en el primero 223, y en el segundo 362. ¡Qué tristeza infundia encontrar entre ellos cadáveres de dos ó tres dias, otros de menos tiempo, y los que acababan de fallecer; mirar á otros agonizar, oir los lamentos y quejidos de los que, agobiados de las enfermedades, solo esperaban hallar consuelo en la misma muerte!» Por fortuna, Calleja le habia recomendado al sensible Echeagaray, al nombrarle gobernador de la plaza, que socorriese y auxiliase á los desgraciados habitantes, y el digno coronel pudo dar así vuelo á sus sentimientos humanitarios. «En situacion tan dolorosa», añade, «fué para mí del mayor consuelo encontrar en las instrucciones que V. S. se dignó darme, providencias benéficas que, reducidas á efecto con precision, fueron la áncora que libertó de tan horrorosa tormenta un crecido número de personas. Separé los cadáveres de la vista de los enfermos, comisionando al sargento de mi regimiento Juan Gamboa, para que bajo su direccion los indios prisioneros hiciesen las zanjas necesarias y los enterrasen, como tambien los demás que se encontraron en las casas y entre las ruinas. Como la peste proviniera en la mayor parte del hambre que sufrió el pueblo, de resultas del estrecho bloqueo en que

1812. lo tuvo el ejército, comisioné al Br. D. José

Mayo. Mariano Ruiz Calado, cura de Yautepec, á quien V. S. destinó para capellan y juez eclesiástico de él, en solicitud de víveres: recorrió las casas existentes, y solo encontró una porcion de maíz en las que habitaban los cabecillas. En el momento dí orden para reunir